

anuncia, no al poeta entero y vigoroso, sino al espíritu culto que sabe remedar los tonos de la inspiración ajena, ó tal vez sentirla como pasajero relámpago, y por esa causa merecen sus rimas, en cuanto documentos de historia literaria, más atención que por su mérito absoluto.

Dentro del estilo clásico se nos ofrecen desde luego la *Oda á la Reina doña María Cristina* y la *Epístola* al Conde de Luna, futuro Duque de Villahermosa. Ya se deja entender que el clasicismo de ambas piezas es el dominante en 1831, atado, meticuloso y convencional, y que de las dos escuelas, sevillana y salmantina, el Marqués seguía con predilección el espíritu de la primera, como más acomodado á sus aficiones y más conforme con los principios de su educación literaria. La *Oda* es fría, carece de los arrebatos quintanescos tan en boga por aquellas calendas, sin que compense con el fuego de la inspiración juvenil las incorrecciones que acompañan siempre á los primeros ensayos. Dígase lo mismo de la *Epístola*, llena de lugares comunes y amplificaciones retóricas, no tan apartadas del gusto clásico como parece suponer Hartzenbusch. Yo lo encuentro bien patente y caracterizado en la monótona languidez con que se suceden unas á otras las reflexiones, y en los frecuentes recuerdos de la mitología, tales como la *rama de Minerva*, el *apolíneo coro*, y *Marte*, y *Erato*, y *Belona* y la *balanza de Temis*; que si desunidos no probarían nada, juntos en solas cuatro estrofas dan á conocer las inclinaciones del poeta.

Otra cosa son las *Fantasías*, verdaderamente románticas por lo desordenado del plan, y además afeadas por la incorrección y el desaliño más lastimosos. Diferencia hay entre la imagen de aquella nave

*de gallardetes mil empavesada,*

que Hartzenbusch considera como atrevimiento imper-

donable para los preceptistas de antaño, y la franqueza con que se dice en el *Insomnio*:

Parece el globo en el vacío inmenso  
Un ancho panteón;

y extremando más la licencia:

Tumba convexa donde ya cadáveres  
¡Ay! se hacinan los míseros humanos,  
Vil pudridero, cuya masa fétida  
Corroen implacables los gusanos  
De una y otra pasión.

Ni son para desatendidos la variedad de las combinaciones métricas, el descuido en la forma, la incoherencia de epítetos y de frases, el afán de producir efecto tan ostensible en el atildado Roca de Togores, como en Pastor Díaz, Enrique Gil ó Zorrilla. Sin dejar de ser románticas, tienen mucho mayor mérito que la anterior las otras dos *fantasías*, *Los ensueños* y *El Corpus en el Hospicio de la Salpêtrière*: la primera, de concisión vigorosa, aduna el implacable naturalismo de Quevedo con la severidad de Jovellanos; en la segunda contrastan los recuerdos de la pompa cortesana con las miserias sin alivio de aquella

Isla infeliz que el piélago circunda  
Del mundano placer, playa infecunda  
Donde yacen sin vida  
Corazones que arroja el fausto Sena  
Como el alga del mar sobre la arena.

Composiciones rigurosamente líricas, pocas más que las enumeradas se registran entre las del Marqués de Molins. Los romances y leyendas de carácter descriptivo ó histórico reflejan en conjunto la personalidad y las ideas del autor, que al describir con prolijidad y afecto las costumbres de la España antigua, la hidalguía de los nobles, la lealtad de los pecheros, su mutuo y cristiano amor, alimentado por el que unos

y otros sentían hacia sus Reyes, deja columbrar el deseo de infundir el espíritu de los tiempos pasados en el organismo de la sociedad moderna. Este ideal político será inasequible cuanto se quiera; pero en el terreno del arte va unido con no sé qué apacible y halagadora nostalgia de la felicidad.

Fiel á la historia hasta rayar en nimio, puntualiza el autor sus narraciones con textos de crónicas ó legajos polyorientos; y si se atreve á fingir algún personaje, cuida bien de que no desentone por su inexactitud ni aun la más ligera circunstancia. Así Inés en el *Cerco de Orihuela*, así Leonor y D. Juan, los de *Isabel la Católica en Orihuela*, así *Enrique de Trastámara* y los caballeros y damas que figuran en *Ambas á dos*, pueden pasar por retratos de autenticidad irrefragable. Pero si el mérito del Marqués de Molins se impone desde ese punto de vista, forzoso es negárselo en lo que principalmente constituye el encanto de toda narración, en el interés, que aquí suele descuidarse ó perderse entre inútiles detalles. La mayor parte de los lectores, aun los instruídos, preferirán siempre, á la escrupulosidad fría del poeta arqueólogo, las brillantesces y el movimiento que admiramos todos en los *Cantos del trovador*.

Tampoco se acercan mucho los *Romances* del Marqués de Molins á los del Duque de Rivas. La diferencia emana de igual principio; porque si en aquéllos nos sorprenden figuras de otras edades retratadas con intachable perfección, en éstos la fidelidad histórica es medio y no fin principal. La afición al arcaísmo es un pecado grave de que pocas veces se libró el Marqués de Molins, y que ha hecho impopulares sus mejores *Romances*, sin exceptuar los *Recuerdos de Salamanca*, cuadro de costumbres campesinas de nobilísimo asunto y ejecución esmerada.

Las poesías jocosas de la colección carecen de la donosura espontánea, hija de la naturaleza, y que

nadie contunde con el rasgo ingenioso y la frase traída de lejos. Las *Doloras* no desmienten tampoco el carácter del poeta, y hasta la que se titula *El 31 de Diciembre de 1851*, justamente celebrada por su fondo conceptuoso, no empareja bien con las de Campoamor, así como los sonetos, especialmente los de circunstancias, devuelven á su centro al versificador enamorado de la forma artificiosa y académica.

El Marqués de Molins figura también entre los autores dramáticos de su tiempo, y siendo aún muy joven se atrevió á componer el drama histórico *El Duque de Alba*, que, notablemente mejorado, recibió más tarde el título de *La espada de un caballero*, y que en el orden cronológico ostenta la ejecutoria de una respetable antigüedad, pues ya se solazaban con su lectura los imberbes literatuelos que por el año 31 se reunían en el famoso *Parnasillo*. Animado con las lecturas de los románticos franceses, pensó el joven Roca de Togores introducir en España el vedado género, pero vistiéndolo á la española, y en esto sí que era muy laudable su propósito. Que no quedó realizado como debía, ni mucho menos, es ocioso advertirlo, y á ello contribuyó de un modo accidental la circunstancia de no haberse puesto en escena la obra hasta unos quince años después, cuando ya se había eclipsado su mérito relativo.

Mucho más que *La espada de un caballero* vale *Doña María de Molina*, obra coronada por un éxito ruidoso en el año 37, cuando tan fresca estaba aún la memoria de *Don Alvaro*, *El trovador* y *Los amantes de Teruel*, á los cuales no se parece en lo substancial, y sí sólo en ciertas variaciones de poco más ó menos, pero que imperiosamente exigía el gusto de la época. Allí la refleja y estudiada perfección de los pormenores, la severidad meticulosa que se recata de su misma sombra; aquí la osadía que va en pos de lo desconocido, el vuelo libre de la inspiración que rompe con todas las imposiciones y conveniencias.

En los dramas titulados históricos desde 1836 á 1845 era corriente adulterar á sabiendas la verdad de los hechos, no sólo en cosas menores, sino en la constitución interna de la fábula. Bien al contrario, el Marqués de Molins patentiza, en una serie de interminables anotaciones, las fuentes de donde sacó las más hermosas y características escenas.

Tan así es, que aun comparando esta doña María con la de Tirso, no cede la primera á la última como retrato, bien que, según advierte el Sr. Menéndez Pelayo, *La prudencia en la mujer* guarda «la fidelidad histórica interna, mucho más rara que la arqueológica»<sup>1</sup>. Sea como fuere, los personajes de la obra moderna resultan enteramente verídicos; y exceptuando alguna palabra, como las de *libertad* y *tiranía*, no muy corrientes entre los españoles de la Edad Media, todo lo demás ostenta el sello de la exactitud.

Libreme Dios de anteponer el drama del siglo XIX á la crónica en verso del XVII, á la cual debe sus más conmovedoras situaciones, como es la del proyecto de envenenar á la Reina, confiado por D. Enrique<sup>2</sup> al judío Túbal, proyecto que el Infante trata de realizar ofreciendo á doña María una copa de riquísima labor con el maldecido brebaje, y que al fin se malogra por la oferta del procurador Alfonso á la Reina, que vende en público el regalo de D. Enrique sin sospechar la alevosía, y sólo para proveer con el precio á las necesidades de la Corona<sup>3</sup>. El procurador derrama el contenido del vaso no más que por venir de traidores, lo cual parece un tanto inverosímil. En la obra de Tirso el traidor es D. Juan, el confidente, otro judío por nombre Ismael; la víctima amenazada, el regio niño D. Fernando, y el medio con que se frus-

<sup>1</sup> *Revista de Madrid*. Artículo y volumen citados, núm. 3, página 157.

<sup>2</sup> Acto II, escena III.

<sup>3</sup> Acto III, escena I.

tra el concertado plan un simple retrato de la Reina madre que atemoriza al judío, y que, cayendo de improviso, le confunde hasta poner en su boca la confesión del crimen.

Lo que verdaderamente pertenece al imitador es la creación de Alfonso Martínez (apuntada no más en el modelo); la gran figura que representa la unión del pueblo con el Trono, substituyendo la de las familias nobles, que Tirso simboliza en los Benavides y Carvajales.

El drama del Marqués de Molins, presentado á la censura de la Academia Española, mereció encarecidas alabanzas á dos jueces tan discretos como Martínez de la Rosa y Nicasio Gallego, amén de las que constan en un soberbio artículo de Donoso Cortés<sup>4</sup>. Con todo eso, las obras poéticas del distinguido escritor, sin exceptuar la que indudablemente ocupa entre ellas el primer puesto, no han logrado nunca verdadera popularidad, como no sea la que les dió en estos últimos años una crítica desconsiderada y extremosa.

Si en la fama de los artistas entra por mucho el morir á tiempo, la suerte favoreció en este sentido al autor de *El hombre de mundo* y *La muerte de César*, cuyo nombre quizá veríamos en otro caso rodar por las gacetas junto con el de los colegas que le sobreviven. Considerándonos respecto de Ventura de la Vega<sup>5</sup> como posteridad, si es que de hecho no lo somos, pue-

<sup>4</sup> Inserto en *El Porvenir*, número del 7 de Julio de 1837, y reproducido en el tomo II de las *Obras* del Marqués. A *Doña María de Molina* y *La espada de un caballero* siguen en este mismo tomo la comedia en dos actos *Un casamiento con la mano izquierda* y *El muerto al hoyo*, proverbio de O. Feuillet, traducido en prosa.

<sup>5</sup> Aunque en España pasó la mayor parte de su vida, había nacido en Buenos Aires el 14 de Julio de 1807. Vino á Madrid cuando aún no contaba doce años de edad, y se educó en el colegio de San Mateo, dirigido por D. Alberto Lista. Fué miembro exaltadísimo de la joco-seria asociación revolucionaria de los Numantinos, y vistió más tarde el uniforme de miliciano; pero amargas y repeti-

de nuestro juicio desapasionado valuar definitivamente á aquel ingenio de pura raza versallesa, perdido en los senos de una atmósfera contraria á su modo de ser.

El más perfecto equilibrio en sus facultades creadoras, la aversión instintiva á los desentonos y violencias, la supersticiosa idolatría del orden; tales fueron las causas generadoras de su *clasicismo*, en el que á la transparencia y diafanidad de las formas se pospone sistemáticamente la vigorosa fuerza de la concepción. Todo esto practicado con sinceridad respetable, que se comienza á vislumbrar desde las primeras y juveniles tentativas de su musa.

Celebra en la temprana edad de dieciséis años á su maestro Lista, é inspirado por él asciende á las cumbres de la poesía hebrea en el *Canto de la esposa* y la *Imitación de los Salmos*, embelleciendo después un asunto tan pobre y ocasionado á adulaciones palaciegas, como el que motivó su *Canto épico* al Rey Fernando *después de pacificar la Cataluña* (1828), en octavas reales de brioso arranque y no infelices pinceladas alegóricas.

En 1832 escribió sus dos joyas líricas *Orillas del Pusa* y *La agitación*, esmaltada la primera con la más espontánea gracia descriptiva y el desembarazado juego de la versificación, que es lástima entorpezcan los finales agudos.

---

das desilusiones le hicieron indiferente para cuanto se relacionase con la política, si bien por distintas causas hubo de aproximarse á los hombres del partido moderado. En 1847 mereció el cargo de preceptor literario de Isabel II, quien le nombró después su secretario particular; para entonces hacía cuatro años que era individuo de la Academia de la Lengua. Fué sucesivamente director del teatro Español y del Conservatorio de Artes y Declamación, y falleció en 29 de Noviembre de 1865. Véase su *Elogio fúnebre* por el Conde de Cheste en las *Memorias de la Academia Española* (año II, cuaderno VII).—Es incompleta la edición corriente de las *Obras poéticas de D. Ventura de la Vega, de la Real Academia Española*. París, 1866.

¡Qué calor!... Sudando llego,  
 Por la empinada montaña  
 Resbalando,  
 A este valle, que en sosiego  
 Tu corriente ¡oh Pusa! baña  
 Susurrando.  
 Tu raudal de ese elevado  
 Monte al Tajo en raudal giro  
 Se derrumba,  
 Tan humilde que, sentado  
 Desde aquí, su cuna miro  
 Y su tumba

.....  
 ¡Pobre Pusa! Si insolente  
 Por esos tendidos llanos  
 Te lanzaras,  
 En tu cristal inocente  
 Cuántos siervos y tiranos  
 Retrataras!

Por las esmeradísimas estrofas de *La agitación* corren un soplo de fuego y una oleada tumultuosa que animan con ardores de fiebre la ordinaria serenidad del poeta, dictándole una sinfonía de acordes íntimos que no encontró de fijo en Meléndez, en Moratín ó en los maestros sevillanos, y que se aparta también infinito de las odas eróticas de Quintana, tan secas de afectos á pesar de su magnífica verbosidad.

El genio de Byron ó Leopardi es el que parece ocultarse en este adiós á las ilusiones de la vida, hijo de la lasitud moral y el desencanto:

Campo de soledad, yo te buscaba  
 Porque el mundo decía  
 Que la felicidad en ti habitaba,  
 Y en aquel corazón que la invocaba  
 Su misterioso bálsamo vertía.  
 Mi corazón de fuego  
 En ti no la encontró; floresta umbría,  
 Silenciosa montaña, campo triste,  
 Yo la paz de la vida te pedía;  
 Tú la paz de la tumba me ofreciste.